

Plegaria eclesial

Tú te haces presente para nosotros
en tu Iglesia,
Señor del tiempo y de la vida.
La Iglesia es tu cuerpo
crucificado en la historia,
fragmento de días y carne
en los que el Espíritu
acerca tu gloria de resucitado
a la humildad de nuestro vivir cotidiano
y de nuestro vivir.
Concédenos que amemos a tu pueblo
para amarte a ti,
Palabra única del Padre
salida del silencio.
Y haz que viviendo en comunión
crezcamos cada vez más
en la comunión con tu Iglesia
para crecer en ti y contigo
en la filiación del Padre,
porque: si no tiene plenamente a Dios
quien no te tiene a ti,
no puede tenerle plenamente
a él como Padre,
quien no tiene a tu Iglesia
como madre;
Ven, Señor Jesús,
sigue viniendo a salvarnos
con el don de la comunidad santa,
que es sacramento tuyo
como tú eres
el parámetro de Dios.

Bruno FORTE



Oración a San Miguel Garicoits

Gracias, Padre,
por todo lo que debo,
por todo lo que te debemos.
Tú nos has hecho nacer
a la vida religiosa,
nos has asociado a tu misión
venida del cielo.
Por ti fuimos enrolados
bajo ese estandarte
que lleva dos corazones
con la sublime divisa:
¡Aquí Estoy! ¡Ecce Venio!
Eres tú,
quien fuiste nuestro guía,
nuestra luz,
nuestro modelo perfecto,
nuestra fuerza
y nuestro consuelo.
¡Continúa, Padre!
Que seamos tus imitadores,
como tú lo fuiste
de Jesucristo.
Guarda a todos los que
Jesús te ha dado.
Defiende, defiende tu obra,
la obra misma
de Jesús y de María.
¡Que seamos santos
y perfectos!
Amén

VP Augusto ETCHEPAR



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Betharramitas, Religiosos y Laicos en Nueva Evangelización
con "una estima sincera de nuestra vocación y de nuestra misión"

Año VII 2003 ~ Nº 3

Las huellas de Cristo en nuestro caminar

Nuestro caminar histórico está jalonado de huellas de Cristo resucitado. Son como los pañales "pobres" de Belén o como el sudario y los lienzos humildes dejados en el sepulcro vacío. A veces son como el aliento de un amigo en nuestro camino de Emaús, cuando arde el corazón sin saber porqué (Lc 24,32).

Cristo nos ha dejado su palabra viva, recién salida de su corazón, que ahora podemos encontrar en la Escritura, predicada, celebrada y vivida en la comunidad eclesial. Pero esa misma palabra la ha dejado también injertada en nuestras realidades cotidianas, por medio de sus "sacramentos", que son signos portadores de su presencia activa y salvífica.

Los signos sacramentales y eclesiales, que Cristo ha dejado en nuestro caminar, invitan a un encuentro de verdadera relación amistosa y transformante con él. Por la vivencia de este encuentro, le será posible al creyente dar una "respuesta a la llamada divina en el proceso de su crecimiento en el amor, en el seno de la comunidad salvífica". (EV 111).

Los signos que Cristo nos ha dejado se entrecruzan con las etapas de nuestro crecimiento. Desde nuestro nacimiento hasta nuestro "paso" al más allá, Cristo se hace compañero, consorte y protagonista. Cada huella del presente es también un eco y una repetición de las huellas que ya encontramos en el pasado. Las gracias de Dios o dones del Espíritu, recibidas en los sacramentos, se pueden reestrenar, porque Cristo, en cada uno de sus signos, se nos da él tal como es.

Cristo resucitado presente nos acompaña con su humanidad vivificante. Entrando en nuestros gestos y en nuestra realidad, sigue pronunciando su palabra, que hace renacer, que fortifica, alimenta, perdona, sana, transforma. Así continúa enviando su Espíritu a nuestros corazones, como brotando de su costado abierto (cfr. Jn 20, 20-23).

Corazones dilatados

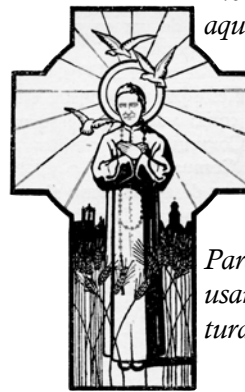
Todo es sacramento

A medida que el alma se vacía de sí misma, la gracia la penetra de una confianza siempre mayor. Aquello que la generosidad tenía de exuberante y a veces de presuntuosa cae poco a poco y da lugar a un sentimiento constante de dependencia con respecto a la divina acción. La fuerza de los sacramentos penetra nuestro interior:

Quando Dios da tanta importancia a los signos exteriores que no tienen ninguna proporción con efectos tan admirables, nos está claramente remarcando Dios que, más allá de cuanto podemos hacer en nuestro interior por las buenas disposiciones, es necesario que intervenga Él para nuestra santificación a través de un obrar especial del Espíritu Santo y de una aplicación particular de los méritos del Salvador
(manuscrito 744)

El Servidor de Dios se sintió siempre sacudido por la eficacia sacramental revelada por la fe y tan a menudo experimentada por él mismo. La acción de Dios pasando a través de signos materiales y sensibles le parecía cada vez más y más como que penetrase en toda la creación. Sin prejuicios contra los sacramentos propiamente dichos, “sacramentos instituidos”, que le inspiraron siempre máximo respeto, todas las creaturas a sus ojos llegaban a ser, por una analogía fecundada con su vida espiritual, “sacramentos de destinación”. [...]

Dios es el amor siempre y doquier presente y operante. He aquí desde que punto de vista es preciso contemplar todo aquí abajo. Entonces, todo es sacramento. Esto es el cristianismo, el punto de vista cristiano, el que debe regular nuestra vida toda. Fuera de esto, no se es sino un pagano. Jesucristo no tomará ningún otro punto de vista que este motivo para juzgarnos (DS 205) [...]



Para ser digno cooperador de la gracia, es necesario saber usar bien de las creaturas, de los medios externos. Las creaturas son como sacramentos destinados de manera general para nuestra santificación, por medio de un espíritu contemplativo, por el uso y la privación (DS 321).

El Evangelio sigue siendo un acontecimiento de nuestra vida. Jesús, todavía hoy, “pasa haciendo el bien” (Act 10,38). Los misterios de su vida se nos hacen actuales y, en cierto modo, presentes. Los signos eficaces que nos ha dejado (sus sacramentos) siguen siendo suyos, como un regalo a su esposa la Iglesia y a cada uno de nosotros, como estímulo y ayuda para nuestra fe, como fuente de salvación y de vida eterna.

Los sacramentos son “signos eficaces de la presencia y de la acción salvífica del Señor Jesús en la existencia cristiana. Ellos hacen a los hombres partícipes de la vida divina, asegurándoles la energía espiritual necesaria para realizar verdaderamente el significado de vivir, sufrir y morir... Ayudando a vivir estas realidades como participación en el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado” (EV 84).

Son signos de un “paso” de Jesús, por los que llama a un encuentro aquí y ahora, para invitar a un encuentro definitivo. Porque mientras celebramos este encuentro sacramental, quedamos dinamizados hacia un encuentro sorprendente “hasta que vuelva” (1Cor 11,26). Los sacramentos son la garantía de el Señor “vendrá” definitivamente (Act 1,11).

Por las repetidas celebraciones sacramentales, las “huellas” vivas de Jesús que ya hemos encontrado en nuestro caminar anterior, se nos hacen más cercanas y nuestras. Es la misma persona de Jesús que se nos comunica cada vez más. En cada encuentro sacramental, se renuevan y recuperan los anteriores encuentros. Pero él, al identificarse más con nosotros, parece como si borrara sus propias huellas, para sorprendernos con una presencia más honda y más allá de la sensibilidad humana.

Los sacramentos son un camino y una escuela de fe: cuando Jesús parece más ausente, entonces está más presente en el corazón. Las huellas de su presencia se encuentran en nuestro dolor y en nuestra “queja” por su ausencia. Si le sentimos lejano, es que el amor quiere ya el encuentro definitivo. Esta búsqueda es ya un encuentro más auténtico.

Por medio de los sacramentos, nos ensayamos para encontrar a Cristo en los signos más “pobres” de su presencia: los hermanos y los acontecimientos de todos los días. Ya podemos “comulgar” a Cristo esos signos de nuestro Nazaret o de nuestro Calvario. Basta con decir “fiar”. Cristo viene todas las veces que oye o intuye esta palabra, que hizo bajar el Verbo al seno de María. Como la Virgen y con ella, será posible recibir las palabras del Señor en nuestra vida, ya toda ella sacramental: “todo es gracia”.

Siempre es posible el encuentro con Cristo cuando el “camino” es él. En cada circunstancia de la vida, el Padre nos dice: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle” (Mt 17,5). “En Él, el Padre ha dicho la palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia”. (cfr. Ap 1,8;21,6)